

Ámbito y ambiente de la «Escuela de Traductores de Toledo»

ELOY BENITO RUANO *

RESUMEN

Este trabajo ofrece una nueva aproximación a lo que se ha dado en llamar «Escuela de Traductores de Toledo», analizándose en él algunos aspectos como el mecenazgo desempeñado por reyes y arzobispos de la sede toledana o el ámbito de trabajo de los traductores. Se hacen también algunas precisiones en torno a la injustificada fama del Toledo medieval como centro por excelencia del cultivo de materias relacionadas con las prácticas nigrománticas y astrológico-advinatorias, y se concluye con una panorámica sobre la tarea de los traductores y su ubicación toledana en tiempos de Alfonso X.

ABSTRACT

This work offers a new approach at what it is known as the «Toledo's Translators School», in which, among others, several aspects such as the maecenatism carried out by kings and bishops of the Toledo's See, or the translators work environment, are analyzed. Several accuracies about the unjustified fame of the mediaeval Toledo as a main center of studies of subjects related to necromantic and astrologic-divinatory practices are as well analyzed. As a conclusion, there is an overall view about the translators job at the time of Alfonso Xth.

Desde que Amable Jourdain publicara en 1819 sus *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote*, mencionando en ellas un «Collège de traducteurs» actuante en Toledo durante la Edad Media, fue cobrando carta de naturaleza en tratados, manuales y mono-

* Real Academia de la Historia.

gráficas de Historia de la Cultura y de la Literatura, no solamente españoles, la locución «Escuela de Traductores de Toledo». A su concreción y consolidación contribuiría, sin duda, el título «Ptolomaeus und die Schule von Toledo» de un trabajo de Valentin Rose aparecido en la revista *Hermes* en 1874¹.

La acepción de la voz *Escuela* como establecimiento de enseñanza, o bien como centro, instituto o corporación de estudio e investigación, de localización toledana, se universalizó a lo largo del tiempo, manteniéndose en buena parte hasta nuestros días; y subsistiendo con dicho sentido, incluso en algún medio o ambiente cualificado².

Ya, sin embargo, desde hace décadas, cuantos autores han afrontado el fenómeno son unánimes en señalar el significado de movimiento, tendencia o corriente intelectual que la palabra encierra en este caso.

«Los historiadores de la Filosofía y de la Ciencia en la Edad Media —escribió a este propósito su erudito estudioso A. González Palencia— han solido dar por sentada la existencia de un cuerpo organizado al que se ha llamado Escuela de Traductores de Toledo. Los escasísimos documentos hasta ahora hallados no permiten afirmar la existencia de tal Centro de traducciones. Pero las obras vertidas en Toledo son tantas, y las personas que en Toledo se ocuparon tan diversas, a través del siglo XII, que bien puede darse por supuesto un núcleo de gentes dedicadas en especial a esta labor, para lo cual debieron de tener la ayuda económica y el aliento moral de personajes toledanos. Naturalmente, parece que el arzobispo [D. Raimundo] fuera quien diera pábulo a este esfuerzo, y quien patrocinara tan interesantísima labor»³.

Por su parte, D. Ramón Menéndez Pidal, en su estudio sobre «España y la introducción de la ciencia árabe en Occidente»⁴, expone: «Si por escuela se entiende un conjunto orgánico de maestros, escolares, aulas y bedeles, no existió la Escuela de Traductores, ni nadie pensó que pudiera existir, pero sí hubo escuela toledana en el sentido de un conjunto de estudiosos que se continúan en un mismo lugar, en unas mismas bibliotecas, con unos mismos procedimientos, trabajando en un mismo campo, el de la ciencia árabe».

¹ *Hermes*, 8 (1874), pp. 327-349.

² A. BONILLA Y SAN MARTÍN alude en su *Historia de la Filosofía Española* (t. I, Madrid, 1908, p. 385) a «aquellas oficinas» de interpretación cercanas a la Iglesia mayor de Toledo.

³ *El arzobispo Don Raimundo de Toledo*, Barcelona-Madrid, 1942, pp. 118-119.

⁴ Recogido en el libro *España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam*, Madrid, 1956, p. 37.

A lo que D. Claudio Sánchez-Albornoz y el arabista Juan Vernet añadieron, respectivamente: «Es seguro que nunca existió una Escuela en el estricto sentido del vocablo, es decir, un cuerpo de traductores organizado y coherente»⁵. Y: «En rigor, no debiera llamarse Escuela, desde el momento en que falta la continuidad y organización del magisterio y que el único vínculo, si lo hay, entre los distintos traductores o grupos de traductores, es puramente geográfico y de mecenazgo»⁶.

Finalmente, acudiendo a testimonio tan directo como el de quien fuera prestigioso canónigo-archivero de la Catedral toledana e historiador D. Juan Francisco Rivera Recio, podemos concluir que «la impropriamente llamada Escuela de Traductores de Toledo no puede denominarse de esta forma si bajo tal denominación se entiende una empresa previamente proyectada para ejecutar un programa y una finalidad concreta. Es más bien un fenómeno cultural extraordinario, provocado por unas circunstancias que supieron aprovecharse debidamente»⁷.

En resumen, estimamos que la más exacta denominación del sujeto a estudiar es la formulada en el título de su trabajo publicado en los *Cahiers d'Histoire Mondiale*⁸ por el hebraísta José M.^a Millás Vallicrosa: «La corriente de las traducciones de origen oriental hasta fines del siglo XIII».

¿POR QUÉ ESPAÑA?

Este último autor consigna a tal propósito, citando a Menéndez Pelayo (*Heterodoxos*, II, 1947, p. 175), el profundo vacío que en el orden filosófico-científico comportó el legado directo de la Antigüedad a la cultura de Occidente: Apenas —escribió el polígrafo santanderino— el *Timeo* platónico, los tratados lógicos de Aristóteles y —eso sí— las compilaciones alto-medievales de Boecio, Casiodoro, Isidoro, Alcuino y Beda.

Fue, por el contrario, en el Oriente islamizado donde, a través de versiones siríacas de transmisión bizantina, fueron acumulándose los textos de los principales pensadores griegos, más los saberes de Ptolomeo,

⁵ «El Islam de España y el Occidente», *Settimana di Studio del Centro Italiano sull'Alto Medioevo*, XII, Spoleto, 1965, pp. 275-293.

⁶ *La cultura hispano-árabe en Oriente y en Occidente*, Barcelona, Ariel, 1978, p. 114.

⁷ «Los traductores de Toledo», apud A. FLICHE y V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, t. XV, Valencia, 1974, p. 603. Pareceres todos los expresados a los que últimamente se adhiere el Prof. Pierre Racine, respondiéndose a la pregunta por él formulada de «Y a-t-il eu une École de Tolède?» en la publicación referenciada *infra*, nota 36, pp. 31-40.

⁸ T. II, 2 (1954), pp. 395-428.

Euclides, Galeno... Alineándose y potenciándose recíprocamente estos últimos con la ciencia árabe matemática, astronómica, geográfica, médica, etc.

Damasco y Bagdad, capitales sucesivas del Califato islámico, fueron al mismo tiempo sedes de la más alta Cultura de su tiempo. Su vinculación, primero directa —política—, con Córdoba; luego, tras la emancipación de Al-Andalus, de permanente relación e influencia cultural, permitió a la última de las ciudades citadas seguir obteniendo reflejos de los antiguos focos emisores. Con evidente (y habitual) exageración oriental, cierta fuente islámica llegó a afirmar que el califa cordobés Alhaken II acumuló en su biblioteca hasta 400.000 volúmenes, en su mayoría importados.

La península ibérica —y, de modo progresivamente restrictivo hasta el siglo XV— la fracción de la misma ocupada por el Islam constituyó un extraño injerto de orientalidad en la Historia de Europa —vale decir de la cultura occidental. Pleno sentido tenía la queja de Ibn Hazm, el poeta andalusí, cuando exclamaba: «Mi tragedia es que mi Oriente es el Occidente».

No extraña por eso que el extremo del Viejo Mundo ofreciese al resto coetáneo del continente, no ya la imagen, sino la realidad de un inmenso depósito de conocimientos exóticos, apenas intuidos por las magras noticias de su existencia, percibidas a través de las enciclopédicas compilaciones antes mencionadas.

TOLEDO RECONQUISTADO

A Toledo, como al resto de las capitales del mosaico en que se fragmentó el estado califal cordobés, llegaron las ascuas del esplendor proyectado desde los fanales orientales. Corte del reino musulmán de la frontera media, fue junto con Badajoz, Sevilla y las de otros reinucillos islámicos hispanos, una de las ciudades de mayor peso específico de la nueva geografía política andalusí.

Heredera de su propia condición de cabeza y corazón del antiguo reino godo, por su entidad urbana, por su densidad demográfica y lo selecto de buena parte de su población musulmana, mantenía en muchos aspectos un nivel de evidente superioridad cultural sobre el de otras semejantes urbes de su tiempo. A la conservación de libros, costumbres y tradiciones procedentes de su remota ascendencia cristiana, se habían superpuesto, como es lógico, los elementos y formas de la presente cultura islámica: lengua, escritura y formación general, incluso religiosa, dispensadas por

las madrasas locales; arquitectura, producción artística y artesanal... Mentalidad, en suma; componentes todos ellos ciertamente musulmanes, pero al mismo tiempo con impostación de lejana solera. En definitiva, mozarabismo.

Rasgo fundamental de este fenómeno es el del bilingüismo, consecuencia de la prolongada convivencia de núcleos humanos distintos, tanto de origen como de rango social, así como elemento de enorme eficacia para la intercomunicación de aquéllos. La facilidad de contar *in situ* con personal capaz de transmitir el contenido de los depósitos librarios locales, escritos no sólo en árabe, sino también en hebreo, constituyó un factor decisivo en la atracción de «sabios» europeos, noticiosos de la existencia de aquellos fondos o de aquellos concretos escritos. Aparte, naturalmente, de la presencia de toledanos e hispanos en general, iniciados en las respectivas ciencias, unos en condiciones de ahondar en su conocimiento y otros de trasladar éste a la lengua de cultura entonces común a toda la Cristiandad; es decir, al latín.

Éste es, en resumen, el fundamento o razón de ser de la polarización en torno a Toledo del flujo de actividades al que, en cierto modo, conviene, dentro de los términos que hemos señalado, el título de *Escuela de Traductores*.

Práctica la suya, de la que conocemos en su tiempo otros episodios más o menos aislados, como se han complacido en señalar los modernos historiadores de la Ciencia y de la Técnica: en Toulouse, Bezières, Narbona... Y, dentro de España, en Barcelona, Tarazona, Zaragoza, Pamplona, León, Segovia y, de modo especialmente concreto, el monasterio de Santa María de Ripoll⁹. Dos áreas, la siciliana y la española, entre las cuales es sin duda la segunda «la región más importante», según apreciación del italiano Aldo Mieli¹⁰; cuya opinión es respaldada por la de D. Ramón Menéndez Pidal, para quien «sólo en Toledo se hizo una labor perseverante, de la mayor trascendencia en la Cultura de la Cristiandad»¹¹.

Todo ello porque, en palabras de uno de los mejores conocedores actuales de tal producción, «Toledo poseía una tradición». Tradición basada en la convivencia cristiano-islámico-judía, constitutiva de «todo un campo

⁹ Cf. J.M.^a MILLÁS VALLICROSA, «La corriente de las traducciones científicas de origen oriental hasta fines del siglo XIII», apud *Cahiers d'Histoire Mondiale*, II, 2, 1954, pp. 395-428.

¹⁰ *Panorama general de Historia de la Ciencia*, II, Buenos Aires-México, p. 203.

«The chief centre become Toledo», afirma por su parte C.H. HASKINS en sus *Studies in the History of medieval Science*, Cambridge, 1924, p. 113.

¹¹ *España, eslabón...*, p. 35.

abonado para el florecimiento del saber, a la vez que sirvió de puente entre Oriente y Occidente para la transmisión de la Ciencia que, recogida y sembrada en los campos, aún sin roturar, de la Europa nórdica (*sic*), produciría excelentes frutos»¹².

MECENAZGO

Pero no sólo al escenario —al ámbito— toledano cabe atribuir la aparición y el desarrollo de ese tipo de actividad que habría de caracterizar en este aspecto a la ciudad. Es también el papel propulsor, personalizado en figuras concretas, el que merece ser tenido en cuenta e identificado.

En la circunstancia cronológico-cultural ya expresada, ¿qué sujeto, institucional o personal, pudo estar en condiciones de ejercer semejante función en Toledo? Sin duda ninguna, el elemento eclesiástico, único prácticamente en posesión de formación adecuada y con disposición de recursos apropiados para acometerla. En otras palabras, la población monástica y el clero catedral, propietario éste de la incipiente biblioteca, aneja a su *Studium*; y, a la cabeza de su cabildo, el arzobispo.

El primero de los prelados que aparece relativamente relacionado con las tareas de la llamada Escuela es el conocido D. Raimundo de la Salvetat, segundo en el orden de la restaurada Iglesia toledana, inmediato sucesor de D. Bernardo de Sédirac. Franco como él, aunque gascón, e igualmente benedictino, había formado parte, todavía *puer*, del plantel de cluniacenses que el gran abad San Hugo enviara a Castilla en el séquito de su sobrina la reina D.^a Constanza, segunda esposa de Alfonso VI.

El pontificado de D. Raimundo (1124-1152) coincide con la venida a España del también abad Pedro el Venerable, en demanda de apoyaturas lingüísticas con que poder neutralizar la «nefanda doctrina» mahometana desde su propia fuente, el Corán, que a su instancia traduciría probablemente por tierras navarras durante la década de 1140 el inglés Roberto de Chester¹³.

El itinerario del cluniacense entre Zaragoza y —probablemente— Córdoba, pasaría casi necesariamente por Toledo, donde el abad com-

¹² José S. GIL, *La Escuela de Traductores de Toledo y sus colaboradores judíos*, Toledo, 1985, pp. 21 y 24.

¹³ A. MARTÍN DUQUE, «El inglés Roberto, traductor del Corán», *Hispania*, XXII, 1962, pp. 483-506.

probaría el hallazgo de un medio propicio para nuevas traducciones del árabe.

Pese a la vinculación de la persona de D. Raimundo con el flujo de las traducciones de su tiempo, mantenida de hecho por la mayoría de los investigadores anteriores a González Palencia, lo cierto es que dicho nexos no aparece sólidamente comprobado.

«A pesar del avance que supone mi artículo —escribía en 1933 el autor últimamente citado—, he de confesar sinceramente que todavía no queda aclarada en detalle la intervención del arzobispo D. Raimundo en el asunto de las obras árabes»¹⁴. Antes bien (remachaba treinta años después Richard Lemay, *el único* texto que relaciona el nombre de D. Raimundo con la supuesta Escuela, es la dedicatoria que a éste dirigieron los autores de la traducción, primero a la lengua vulgar (reciente castellano) y luego al latín, del libro sexto del *De anima* de Aristóteles. Avendauth y Gundisalvus ofrecían su libro *Reverendissimo Toletanae Sedis Primate*, declarando haberla realizado *jussum vestrum y vobis praecipientibus*¹⁵.

En todo caso, «si el arzobispo Don Raimundo fue el alentador de esta idea..., la tarea de los traductores sobrepasó con mucho los años de su existencia»¹⁶. Tanto, cuanto que rebasó ampliamente el siglo de su vida, consumiendo prácticamente, los años del siguiente, como veremos.

A lo largo de ambas centurias, e incluso antes de la XI.^a, parece que la fama de las ciencias cultivadas en Toledo, conocida ya por «el Arte Toledana», gozó de un determinado prestigio, pero al mismo tiempo de cierto desprestigio, a los que también hemos de referirnos más adelante.

Al señuelo de uno y otro, contrapuestamente, y a su cultivo, concurrió persistentemente un nutrido plantel de estudiosos, procedentes de los más diversos países europeos, cuyo conjunto confiere ese tono «internacional» que igualmente se suscita al invocar el nombre de Toledo durante los siglos siguientes.

¹⁴ «Toledo en los siglos XII y XIII», conferencia pronunciada el 19 de Diciembre de 1932 en la Sociedad Geográfica Nacional de Madrid, recogida en el libro del autor *Moros y cristianos en la España medieval. Estudios histórico-literarios*, Madrid, 1945, p. 106.

¹⁵ R. LEMAY, «Dans l'Espagne du XIIe siècle: Les traductions de l'arabe au latin», *Annales. Economies. Sociétés. Cultures*, 18e. année (1963/II), p. 658. Las reservas acerca del patrocinio de las traducciones toledanas por el arzobispo D. Raimundo son mantenidas por Julio Samsó en artículo publicado en la obra colectiva sobre *La Escuela de Traductores de Toledo*, por la Diputación Provincial de ésta, Madrid, 1996, pp. 17-18. Y A. JOURDAIN, *ob. cit.*, pp. 449-450.

¹⁶ J.F. RIVERA RECIO, *Los Arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media (siglos XII-XV)*, Toledo, 1969, p. 20.

Habida cuenta de que no nos es dado seguir la producción, ni siquiera enumerativa, de los autores que tal consideración merecieron, nos permitiremos señalar al menos, sin precisión ni orden cronológico algunos, una abreviada nómina de los más caracterizados, con el fin único de señalar la pluralidad de sus procedencias:

Adelardo de Bath
Daniel Morlay
Gerardo de Cremona
Hermann el Alemán
Hermann el Dálmata
Miguel Scoto
Roberto de Chester

junto a los peninsulares Avendauth Hispano, Dominico Gundisalvo, Juan Hispalense, Marcos de Toledo, etc..

ÁMBITOS

La presencia en Toledo de gentes de tan vario origen y procedencia y tan ajenas a la sociedad local, impone suponer que su permanencia en la ciudad exigiría una determinada vinculación o protección por parte de algún estamento, autoridad o personal toledanos. A nuestro juicio, y eliminado por falta de indicios el supuesto mecenazgo privado, laico, en la ciudad, estimamos que sólo la hospitalidad de algún monasterio o, sobre todo, una eficaz tutela archiepiscopal, permitirían la dilatada y fructífera labor de los forasteros. La normal condición clerical de la mayoría de ellos (*clercs*, intelectuales presumiblemente graduados cuando menos en órdenes menores) facilitaría su incorporación —de algunos, por lo demás, conocida— al cabildo catedralicio o a la casa del prelado.

En esta opinión abunda la Profesora Danielle Jacquart, expresando a este propósito: «Le rôle des archevêques consista essentiellement [en este aspecto] à accueillir des savants au sein du chapitre cathédral, afin de leur donner les moyens de continuer leur oeuvre des transmission de la Science et de la Philosophie arabe»¹⁷.

Últimamente hemos podido recoger el dato conjunto, suministrado por Francisco Márquez Villanueva, de que «Gundisalvo era arcediano de

¹⁷ «L'École des Traducteurs» apud Louis CARDAILLAC (dir.), *Tolède, XIe et XIIIe siècles. Musulmans, chrétiens, juifs. Le savoir et la tolérance*, Paris, 1991, p. 83. (Hay traducción castellana de esta obra, Madrid, Alianza Editorial, 1992).

Segovia, Gerardo de Cremona fue pronto canónigo de Toledo, Roberto de Chester, arcediano de Pamplona y Hermann el Alemán, obispo de Astorga en 1266-1272»¹⁸.

En cuanto al ámbito de trabajo de la que podemos llamar primera etapa o fase de la producción traductora, pensamos que, con toda lógica, hubo de ser el propio *Scriptorium* catedralicio, polo de concentración de expertos y lugar de conservación y manejo de materiales (textos, glosarios, materia escritoria, etc.), inherentes a la función interpretativa y transcriptor. Sin que ello impida que, más o menos excepcionalmente, alguna o algunas de las personas entregadas a aquellas tareas pudiesen desempeñarlas en otros lugares convenientes, como acredita el colofón de la traducción de Averroes firmado (aunque ya en la siguiente etapa, en el año de 1240) por Hermann el Alemán, en el monasterio toledano de la Trinidad¹⁹.

Esta ubicación nos sugiere precisamente la posible identidad o, por el contrario, la distinción entre lugar de trabajo (por radicación de los manuscritos) y domiciliación del traductor, lugares ambos que bien podrían ser en ocasiones uno mismo.

Pero también nos cabe imaginar el alojamiento de los foráneos en «tiendas», «mesones» y casas de alquiler, alguna de las cuales, como solía ser frecuente en otras ciudades, sedes catedralicias, propiedad de canónigos; en este caso, situadas en las cercanías de la Iglesia mayor, señaladamente en el llamado Barrio-Rey o Barrio de Francos, por su carácter residencial y por la presencia en sus inmuebles de gentes de ultrapuertos²⁰.

Por lo demás, Toledo sería ya entonces, una vez incorporado por Alfonso VI su arrabal al nuevo recinto amurallado, una ciudad de aproximadamente 30.000 habitantes, organizada en collaciones y parroquias, de las que 26 eran latinas, 6 mozárabes y 2 judías. Dentro de ella, «lejos de

¹⁸ «In Lingua Tholetana», apud *La Escuela de Traductores...*, 1996, p. 26.

¹⁹ En esta opinión abunda el actual Canónigo-archivero de la Catedral de Toledo D. Ramón González insistiendo por su parte, y desde su privilegiado punto de observación, en las limitaciones que por entonces poseía la Biblioteca capitular («El traductor Hermann el Alemán», apud *La Escuela...*, 1996, pp. 60-61.

²⁰ BONILLA Y SAN MARTÍN evoca, fundándose en un documento mozárabe toledano publicado por Pons Boigues, «aquel mesón que en 1.º de mayo de la Era 1213 (año 1175) empeñó Pedro Cauxa en poder de Justa, la viuda de Suleimán Almasur por siete mizcales de oro alfonsí y que debió de ser testigo de muchas escenas *eruditas*. Allí se hospedarían extranjeros de los numerosos que de Inglaterra, Alemania, Italia y Francia iban a Toledo ganosos de conocer los secretos de la sabiduría y los recónditos enigmas de la alquimia y de la nigromancia» (*Historia de la Filosofía española*, I, p. 385).

la vida agitada de los mercaderes, de los artesanos y los trabajadores, los hombres de estudio se habrían creado un universo para ellos, llevando una vida más retirada en torno al arzobispo y [sobre todo en el siglo XIII] a la Corte regia»²¹.

SABERES

No hemos de detenernos ahora, como más arriba especificamos, en consignar, ni siquiera enumerar los títulos, los géneros y las materias de las obras objeto de traducción, a lo largo del tiempo en que perduró la función traductora de Toledo. Tratados y manuales de Filosofía, de Literatura, de Medicina, de Matemáticas, Historias de la Ciencia y de la Cultura en general, lo han hecho profusamente. Aparte, claro está, de la copiosa producción investigadora específica, desarrollada sobre la materia, dentro y fuera de España²².

Sí creo, en cambio, que debemos precisar la negativa de una difundida y también antes aludida fama toledana de especial cultivo de un conjunto de materias que, por su carácter nigromántico —de magia negra—, astro-lógico-advinatorio y, en todo caso, misterico, fueron tenidas por *non sanctas*, o más expresamente por diabólicas.

Apoteosis de tal atribución fueron, entre otros, el relato recogido por el Infante D. Juan Manuel en *El Conde Lucanor*, de un supuesto D. Yllán, gran maestro en ciencias ocultas, cuya mansión radicaba bajo las aguas del Tajo; y la mención por Rabelais de un doctor Picatrix, «rector de la Facultad Demonológica de Toledo (!), *nefandum gymnasium* donde toda infamia y sacrilegio tenían su asiento.

Este panorama imaginaría sin duda, al consignar los diversos atractivos y especialidades de las Universidades europeas del primer tercio del siglo XIII, cierto maestro del entonces recién creado Estudio de Toulouse, antiguo poeta giróvago y, como tal, buen conocedor del ambiente estudiantil; pero ya honesto monje cisterciense, llamado Helinando de Froidmont. «Los clérigos —escribía en 1231— van a París a estudiar las Artes, a Orleans los autores, a Bolonia los códigos, a Salerno los medicamentos, a Toledo los diablos... y a ninguna parte las buenas costumbres».

²¹ J. PORRES DE MATEO y Dolores de PAZ ESCRIBANO, «30.000 habitants, une ville frontière», apud L. CARDAILLAC, *Tolède...*, p. 141.

²² Una utilísima, actualizada bibliografía al respecto puede consultarse en la obra editada por la Diputación de Toledo, *La Escuela...*, pp. 75-80.

A este sabroso pasaje consagré un detallado estudio, encaminado a desmontar (aunque ya lo estaban desde el siglo XVIII por el P. Feijoo y otros ilustrados eruditos) las fantasías antes mencionadas atribuidas a Toledo y otras muchas no menos pintorescas. Algunas de ellas, basadas sin embargo, en testimonios radicados en la propia Biblioteca de la Catedral toledana²³.

Esta negativa —y falsa— imagen de la popularizada apreciación de la ciencia toledana, en especial más allá del Pirineo, durante toda la Edad Media y buena parte de la Moderna, es la que, probablemente, ha podido sustentar cierta actitud minusvalorativa y en cierto modo despectiva, de algunos historiadores extranjeros hacia la verdadera significación histórico-cultural de la llamada «Escuela de Traductores de Toledo».

Ya Ernesto Renán, pese a haber considerado la introducción de los textos árabes en los estudios occidentales, a través de España, como un fenómeno crucial en la caracterización de dos épocas radicalmente distintas en la Historia de la Filosofía y de las Ciencias medievales a través de España, apenas si consideró el papel desempeñado por los sujetos actores de la empresa²⁴.

Por su parte, L. Thorndike, en su *History of Magic and Experimental Science*²⁵, relegó el papel de la Escuela toledana «au musée des mythes». Y, recogiendo esta apreciación, el francés Richard Lemay (de quien tomamos el dato) descalificó el valor propiamente científico de la participación hispana en la corriente de la transmisión, reduciendo la aportación de sus miembros a la condición de meros transcritores verbales.

Para este último autor, tales menestrales conocían, sí, el árabe y el latín vulgar hablado en su medio familiar, pero no eran ni sabios ni filósofos: trabajaban a sueldo («sur commande») de patronos ilustrados venidos de ultramontes, a quienes suministraron el uso de los tesoros intelectuales que ellos no estaban en condiciones de gozar, ni mucho menos perfeccionar. La actividad toledana constituyó, pues, para dicho autor, «une ère

²³ Mi trabajo, titulado precisamente «A Toledo los diablos», vio la luz en el volumen *Medievo hispano. Estudios «in memoriam» del Prof. Derek W. Lomax*, Madrid, 1995, pp. 65-81. El ápice de dichas fantasías lo constituye cierto manuscrito titulado *Virgilii Cordubensis Philosophia*, conservado en la Biblioteca Capitular de Toledo (sign. 94-22) en el que pretende documentarse una estrecha relación entre supuestos nigromantes toledanos y cordobeses de estrafalarios nombres, maestros en no menos disparatadas ciencias. A este tema dedicó algunas páginas el Dr. Horacio Santiago-Otero en la publicación consignada más adelante (nota 37), en su trabajo «Transmission de savoirs à Tolède», pp. 46-50).

²⁴ *Averroes et l'averroïsme*, Paris, 1952, pp. 158-159.

²⁵ T. II, New York, 1923, p. 67.

de transmission fièvreuse, spontanée, d'ouvrages arabes plus ou moins sérieux; on traduit ce qui tombe sous les mains ou ce qui se trouve dans les *armaria* des grandes demeures arabes occupées par les conquérants»²⁶.

Afirmaciones que fueron neutralizadas, una a una, por Sánchez-Albornoz y en las que, por consiguiente, no hemos de detenernos, remitiéndonos en todo caso a la argumentación de nuestro maestro de medievalistas²⁷.

LAS ESCUELAS ALFONSÍES

Tras una época de florecimiento o intensificación en Toledo de la actividad traductora bajo la égida episcopal de D. Rodrigo Jiménez de Rada (1209-1247) —y es de suponer que bajo su protección y estímulo—, el fenómeno cultural en que dicha promoción se halla inserta cobra una nueva y más amplia manifestación.

Corresponde dicha época al reinado de Alfonso X de Castilla (1252-1284) y, de modo positivo, a la iniciativa y participación del propio monarca en unas tareas que exceden con mucho —con ser éstas trascendentes— a las de mera traducción.

Poseemos una excelente descripción del modo «cómo trabajaron las Escuelas alfonsíes», debida al exquisito análisis desarrollado por Gonzalo Menéndez Pidal, de las propias traducciones, sus prólogos y colofones e incluso de las miniaturas ilustradoras de algunos de sus textos (recordemos los exquisitos códices de las *Cantigas*), promovidos por el Rey Sabio²⁸.

En el trabajo así enunciado se refleja el funcionamiento de los que, por una parte, podríamos denominar «talleres» y, por otra, considerar como algo —o bastante más— que una o varias «Escuelas» de trabajo intelectual. Imaginando más bien la realidad de una especie de Centro de investigación y transmisión de materias humanísticas y físico-naturales, matemáticas, astronómicas, etc., incluyendo entre estas últimas las astrológicas.

Bajo la férula alfonsina, en efecto, comprobamos en la lectura de las páginas aludidas el febril movimiento de los equipos de acopio, selección,

²⁶ LEMAY, p. 664.

²⁷ C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, «Observaciones a unas páginas de Lemay sobre los traductores toledanos», *Cuadernos de Historia de España*, núms. 41-42 (1965), pp. 313-314.

²⁸ *Nueva Revista de Filología Hispánica*, año V (1951), núm. 4, pp. 363-380.

traducción en su caso y refacción primaria del nuevo relato de las materias tratadas, cuya corrección o versión definitiva corre normalmente a cargo del monarca. Fases que, en su descripción del proceso, el Prof. Menéndez Pidal señala así, con términos de los propios textos:

«Nos Don Alfonso mandamos *ayuntar*»...
«... y *trasladar* al romance»...
«Mandó *componer*»...
«Et *tolló* las razones que eran sobejanas»...
«E *endereçólo* (el lenguaje) por sí mismo».

Regio y efectivo protagonismo que, a su vez, subrayara el gran conoedor de la obra alfonsina Antonio G. Solalinde, extrayendo la siguiente cita de la *General Estoria* (lib. XVI, cap. XIV):

«Así como dixiemos Nos muchas vezes: el Rey faze un libro, non por quél escriua por sus manos, mas porque compone las razones dél, e las emienda e enderesça, e muestra la manera de como se deuen fazer... Otrosí quando dezimos el Rey faze un palacio o alguna obra, non es dicho por que lo él fiziesse con sus manos, mas porquél mandó fazer e dio las cosas que fueron mester para ello»²⁹.

Ciñéndonos de nuevo a la operación que por el momento nos concierne (la traductora), Menéndez Pidal reconstruye la actuación de aquellos *tandems* compuestos por un sujeto bilingüe en árabe y en romance, y otro erudito, versado en la materia tratada, capaz de trasladar los contenidos de la versión vulgar al latín culto, lengua de comunicación y difusión en los medios intelectuales españoles y europeos.

De la mecánica así descrita, el mencionado autor espiga las siguientes expresiones literales:

«*De arabico in hispanicum primum traductus, postea in latinum conversus*»,

o bien:

²⁹ «Intervención de Alfonso X en la redacción de sus obras», *Revista de Filología Española*, II (1915), p. 286.

«Alfonso el Sabio —glosa a este propósito el autor citado— tenía, por tanto, participación inmediata en los momentos de la génesis de sus obras: en el primero dirigía su composición y en el último, ya acabada la obra, la corregía. Queda entre estos extremos la redacción misma de las obras» (*Ibid.*).

Al margen de estas consideraciones se mantiene, como es natural, el factor inspiración, presumible en la creación poética que suponen las Cantigas a Santa María.

«*De arabico in ydeoma maternum; de ydeomate materno in latinum*».

Y, según declaración personal de Juan Hispalense en su traducción del *De anima* de Avicena,

«*Me singula verba vulgariter proferente, et Dominico [Gundisalvo] archidiacono singula in latinum convertente, ex arabico translatum*».

En otras ocasiones parece intervenir una tercera persona que, tras la inicial versión árabo-romance, traslada ésta al latín popular «*latinum circa romanicum*», para ser pasada después al «*latinum obscurum*» o culto. E incluso situaciones en las que la versión se hace directamente a la lengua nueva, vernácula, que se acredita así consagrada ya como instrumento de cultura:

«*Traslatolo de lengua aráviga en castellana*»³⁰.

Excepcional testimonio de traslación «*de arabic en espaingol*» es la que acredita, a cargo de un físico judío, el notario regio Buenaventura de Siena al declarar que él mismo «*tornei de espaingol en françois*» nada menos que el libro de *La Escala de Mahoma*, texto árabe cuyo descubrimiento y edición moderna (1949) por Enrico Cerulli vino a ratificar definitivamente el carácter de fuente que dicha obra árabe constituyó respecto a la *Divina Comedia*. Dependencia intuida y casi demostrada precedentemente por D. Miguel Asín Palacios, frente al escepticismo de no pocos incrédulos de su época³¹.

En definitiva, lo que se nos ha brindado a través de esta magistral descripción del funcionamiento de las «Escuelas alfonsíes», es la viva imagen de una labor de equipo a cargo de unos «ayuntadores», amanuenses, ilustradores, etc., en dinámica representación, incluso gráfica (recuérdense de nuevo los códices iluminados de las Cantigas). Ambiente de convivencia y colaboración revelador de una realidad social y unas relaciones humanas harto más profundas y personales (profesionales y amistosas) que las tan reiteradamente ensalzadas de tolerancia entre mozárabes, mudéjares, judíos, francos, cristianos en general, etc., componentes de la población toledana de la época.

³⁰ «Cómo trabajaban...», pp. 365-367.

³¹ *Ibid.*, p. 368. El hijo y sucesor de D. Alfonso, Sancho IV, mandaría por su parte verter el *Libro del Tesoro* del francés al castellano.

¿DÓNDE?

Si para la etapa que pudiéramos llamar de órbita eclesiástica del movimiento traductor fijamos el probable «epicentro» en la Catedral toledana, el de su siguiente fase, de patrocinio regio, creemos que es lógico situarlo en la sede o sedes de la Corte real.

Trashumante, como todas las de los reyes de nuestra Edad Media, la Corte de Alfonso X de Castilla conoció repetidas jornadas sedentarias de relativa larga duración en Toledo, acaso debidas a la especial predilección del monarca por la ciudad que le viera nacer³².

Regios fueron los palacios llamados de Galiana, sitios en los solares que, siglos adelante, ocuparían el Tribunal de la Inquisición (actual calle de Santa Fe) y el Hospital de Santa Cruz, junto a la Puerta de los Caballos (luego Arco de la Sangre, de acceso a Zocodover). Bajo sus techos y en su torno cabe suponer que radicarían las estancias destinadas a instalación de escritorios, depósitos de libros, alojamiento de sabios, escribas y servidores asignados a las tareas librarias, mantenidas por la real munificencia. «No en la Vega (ni en la llamada Huerta del Rey, donde hoy se erige otra edificación también llamada «Palacio de Galiana») sino en la parte alta de la ciudad, lugar más adecuado para llevar a cabo sus observaciones astronómicas»³³, sería donde probablemente instalara el monarca el complejo operativo de su obra cultural. Aunque también cabe suponer que éste le circundara en los recintos del alcázar, residencia al parecer preferida por D. Alfonso durante sus repetidas y largas estancias toledanas.

En todo caso, Toledo desempeñó en esta época, de modo efectivo, el papel que, en exaltada loa le asignara siglos después, en 1554, el primero de sus modernos historiadores, Pedro de Alcocer:

«Tiene esta çibdad —escribió el mencionado autor— el cielo y sus influencias muy prósperas y bienaventuradas, y de noble y virtuosa inclinación... Cuyo sitio es muy conjunto al medio o centro de España, casi ygualmente distante de su circunferencia. En las quáles haze semejantes efectos que el corazón en el cuerpo humano, al quál Natura puso casi en medio dél, dotándole de grandes y magníficos priuilegios, poniendo en él la fuente de la vida y el principado de los otros miembros»³⁴.

³² Vid. mi trabajo «Alfonso X el Sabio y la ciudad de Toledo», en *Actas del Congreso sobre Alfonso X el Sabio. Vida, obra y época*, Madrid, 1989, pp. 251-257.

En Toledo convocó algunas de las más trascendentes Cortes de su reinado, allí preparó sus actuaciones para el «fecho del Imperio», recibió embajadores, etc.

³³ A. BALLESTEROS BERETTA, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona, 1963, pp. 245-246.

³⁴ *Historia o descripción de la Imperial cibdad de Toledo*, Toledo, 1554, fol. X.

«Metro y medida», «*Axis mundi*», meridiano cero del globo terráqueo vino a ser Toledo para los cálculos astronómicos de Alfonso el Sabio. Y «patrón» o hito autorizado de referencia declararía el monarca al habla toledana al establecer

«que si dende en adelante, en alguna parte de su reyno ouiesse diferencia en el entendimiento de algún vocablo castellano antiguo, que recurriessen con él a esta çibdad... y que passassen por el entendimiento y declaración que al tai vocablo aquí se le diesse»³⁵.

* * *

En definitiva: Como en los siglos XII y XIII, como en el siglo XVI, Toledo ejerció para sus contemporáneos «la fascination d'un mythe»³⁶. Mito universal al que hace años se le ha podido consagrar (aunque en buena parte con idéntica fantasmagoría que la de sus apreciaciones fabulosas, vigentes en pasadas centurias, con especial referencia a su función *traductora de hace 700 u 800 años*) todo un Coloquio internacional: Mulhouse, 1985: *Des traductions médiévales au mythe littéraire*³⁷.

Exaltándonos con la voz de un viejo maestro podríamos exclamar para concluir:

«¡Viejos libros y viejos saberes! ¡Hombres de tres religiones y de patrias dispares! ¡Magnífica encrucijada de culturas!»³⁸.

³⁵ ALCOCER, fol. LXXI vt.º.

³⁶ Título del capítulo-colofón de Jeanne Battesti PELEGRIN al libro coordinado por Louis CAR-DAILLAC consignado supra, nota 17.

³⁷ «*Tolède (1085-1985). Des traductions médiévales au mythe littéraire*. Actes du Colloque de Mulhouse, Décembre 1985, organisé par Jacques HURÉ.

³⁸ C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *El Islam de España y el Occidente*, Madrid, 1974, p. 190.